

Rubén Blades, cantor de tangos

Cuando Sean Penn ganó el Oscar al Mejor Actor en 2009, por su memorable representación del pionero de los derechos gay Harvey Milk en la película titulada "Milk", su colega Robert de Niro le gastó una broma no menos memorable al momento de entregarle el premio.

"¡Qué engañados nos tenías a todos!", le dijo De Niro con una sonrisa maliciosa, sugiriendo que Penn había mostrado en la película su verdadera naturaleza, luego de haber estado fingiendo toda la vida no ser gay.

Esa escena me viene a la memoria a la hora de escribir sobre "Tangos", el nuevo y magnífico disco del cantante y compositor panameño Rubén Blades. Al igual que Penn no es gay, pero desempeña el papel de Harvey Milk tan convincentemente que haría pensar a cualquiera que sí lo es. Rubén Blades no es cantor de tangos, pero al oírlo cualquiera podría pensar que se ha dedicado a ello toda la vida, circulando entre los más oscuros garitos y los mejores teatros de Buenos Aires.

En varios sentidos, "Tangos" saca a relucir lo mejor de Blades, específicamente en lo que se refiere al uso que hace de su voz, la orquestación de la que se hace acompañar y su concepto.

Lo primero que impacta es la madurez y la profunda

expresividad de la voz de Blades, quien emplea aquí al máximo su capacidad interpretativa. Que yo recuerde, nunca había utilizado con tanta riqueza su registro vocal, no solo con una entonación y dicción perfectas, y con evidente esmero, sino también con el hondo sentimiento que le imparte a estas interpretaciones. Impresiona la ternura con que canta "Pablo Pueblo" -con un inesperado y delicioso giro melódico al final- y "Juana Mayo"; el palpable gusto con que juega con la melodía de "Pedro Navaja"; la asertividad casi feroz de "Parao". En pocas palabras, aquí no habrá soneos, prácticamente (solo dos en "Pedro Navaja") pero Blades, pasados los 60 años, está cantando mejor que nunca.

Ni los salseros de corazón ni los beboperos -yo me considero ambas cosas- amamos lo que yo llamo "violinadas", o el uso excesivamente florido de orquestaciones de cuerdas. Felizmente, eso no ocurre aquí, gracias al buen gusto con el que Carlos Franzetti hizo los arreglos, en dos formatos distintos: uno para una "orquesta de tangos" propiamente, con cuatro bandoneones; y el segundo, para orquesta sinfónica, en este caso la de la Ciudad de Praga.

En los primeros cinco temas, con la banda más pequeña, hay más "juego" entre bandoneones y violines, estos últimos más inquietos, más punzantes, más prestos a acentuar pasajes puntuales de la partitura. A partir del sexto número, ya con la Sinfónica de Praga en funciones, el tono de la grabación se vuelve ligeramente más formal. Los vivaces arreglos de "Juana Mayo" y "Sebastián" añaden nuevas dimensiones a estas piezas. Pero sobre todo llama la atención del oyente la disonancia, en "Adán García", entre la melodía que canta

Blades y la orquestación oscura y ominosa que sugiere las oscuras turbulencias que se ciernen sobre el protagonista.

“Tangos”, aparte de abrirle nuevos mercados a Blades, pudiera ser especialmente atractivo para los que, como yo, 36 años después de conocer “Pedro Navaja” (en su estreno en el histórico álbum “Siembra”, de 1978) aún tenemos los oídos y la mente abierta para redescubrir lo que ya creemos conocer a cabalidad.

Esa es una de las claves de este álbum. Para quien se pregunte qué hace uno de los iconos de la salsa grabando tangos, la respuesta es simple: Rubén Blades se ha dedicado toda su vida a hacer lo suyo, fuera de esquemas. Como el compositor que introdujo las letras de conciencia social en la salsa (algunas de ellas mucho más largas de lo que se ha acostumbrado siempre), el salsero que también es actor y abogado graduado de Harvard o el único integrante de la Fania que también grabó un disco completo en inglés, junto a estrellas como Lou Reed, Blades siempre ha recorrido su propio camino.

Sorprende cuán tangos suenan estos temas. Me atrevo a afirmar que al menos cuatro versiones -las de “Ella”, “Vida”, “Sebastián” y “Parao”- son mejores que las originales, al fortalecer el drama inherente a sus letras. Hasta el mismísimo “Pablo Pueblo” se diría que fue escrito específicamente para ser interpretado como tango. El haber alterado ligeramente un par de letras –aquí Ligia Elena no se fuga con un trompetista, sino con un violinista, y la mujer de la historia de Pedro Navaja no dice estar “salá”, sino “mufada”- son graciosos guiños para

el gusto del público argentino que escuche esta grabación.

Y hablando de letras, esa es la gran aportación de este CD: que nos permite apreciar una vez más, desde una nueva perspectiva, la profunda humanidad de las composiciones de Rubén Blades. Estos temas son imperecederos porque son testimonio y reflejo del dolor humano, de las luchas, de los sueños no siempre realizados, de la aceptación o el rechazo del destino que toca. Paula C, Pablo Pueblo, Ligia Elena o Adán García pudieron haber existido (o existen) lo mismo en San Juan que en Buenos Aires, lo mismo en Ciudad de Panamá que en Lima. "En cada barrio hay por lo menos un loco", dice la letra de "Sebastián". Qué gran verdad.

Este es un trabajo de madurez, con las mejores interpretaciones vocales de la carrera de Blades y arreglos memorables. Como dijo un crítico de la revista Downbeat, estas nuevas versiones jamás sustituirán a las originales, que hace tiempo son piedras de toque de la música latina, pero vienen a ocupar un lugar por derecho propio. "Tangos" es un clásico de Rubén Blades, tan inesperado como cierto. Quién lo hubiera dicho, che.